

IDILIO XVII.

Renombre más glorioso darte intento
Que cualquier semidios, y mayor lustre.
Tú pide á Jove que su sacro aliento

A tu poeta inspirador ilustre.



IDILIO XVIII.

EPITALAMIO DE HELENA.

ARGUMENTO.

DOCE vírgenes Espartanas celebran con festiva danza las bodas de Helena y Menelao, y entonan un cántico nupcial en que felicitan al esposo y encomian las dotes de la esposa.

A DON NARCISO G. DE LOYGORRI Y DOÑA CARMEN MURRIETA

VIZCONDES DE LA VEGA.

Allá en Esparta un día
Del rubio Menelao¹ en la morada,
Selecta compañía
De vírgenes se hallaba congregada,
Cada una con la frente
Ornada de jacinto floreciente.

Doce eran las doncellas,
Decoro de la gran Lacedemonia.²
Nobles todas y bellas,

IDILIO XVIII.

Llamadas á la augusta ceremonia
Cuando enlazó Himeneo
Con Helena³ al menor hijo de Atreo.

Formando dulce coro
En el nupcial magnífico aposento
Recien ornado de oro,
Empezaron la danza y el concerto;
Y todo repetía
El alcázar la fausta melodía:

“¡Afortunado esposo!
¿Por qué nos arrebatas tan temprano
Del baile delicioso
A la que te ha entregado su alba mano?
Déjala hasta la aurora
Que con nosotras dance seductora.

“Su compañero eterno
Te proclama desde hoy Helena amante,
¿Cómo tú solo yerno
Pudiste ser de Júpiter Tonante,
Cuando en Esparta tantos
Príncipes codiciaban sus encantos?

“Benévolo estornado⁴
Te dirigió algún Genio ¡oh Menelao!
Cual mágico saludo

IDILIO XVIII.

Al arribar tu voladora nao.
De Júpiter á la hija
Y á tí la misma cámara cobija.

“En la fecunda Acaya⁵
Una beldad cual tu divina esposa
Es imposible que haya.
Inclita prole te dará grandiosa
Si nace cada infante
A su gallarda madre semejante.

“De sesenta Espartanas
Eramos cuatro coros virginales.
Bellas todas, galanas
Y en edad y carrera sus iguales,
Ibamos de continuo
Con Helena al Eurotas⁶ cristalino.

“Pero al lado de Helena
No hay una que aparezca sin mancilla:
Tras de noche serena
Como la Aurora despuntando brilla,
De Helena la hermosura
Entre nosotras sin rival fulgura.

Cual suele hilera bella
De espigas relucir, del campo adorno;
O en el jardín descuella

IDILIO XVIII.

El gran ciprés, asombro del contorno;
O á la carroza atado
El Tésalo⁷ corcel es admirado:

“Así Helena robusta,
De rosado color y trenzas de oro,
De majestad augusta,
De alta estatura y divinal decoro,
Entre todas ilustre
Es de Lacedemonia honor y lustre.

“No hay una que la iguale
Si en la tabla ó papel pinta y dibuja;⁸
A todas sobresale
Cuando el huso tomando, ó bien la aguja
Con el estambre trama
Variada tela ó con primor recama.

“Ninguna como Helena,
En cuyos ojos brillan los amores,
La dulce lira suena,
Cuando canta los célicos loores
De la casta Diana
O celebra á Minerva soberana.

“¡Pura, graciosa, bella,
Incomparable vírgen! La corona
Arrojas de doncella

IDILIO XVIII.

Y la diadema ciñes de matrona.
Mas nosotros como ántes,
Mañana irémos por el prado errantes.

“Y por tí suspirando
Como la oveja de la madre ausente
Suspira por el blando
Seno, y por ella bala tristemente,
Guirnaldas olorosas
Tejerémos de flores primorosas.

“Para tí la primera
Formarémos de loto,⁸ que en la alfombra
Crece de la pradera;
Y de frondoso plátano á la sombra
Colgada la guirnalda
Pondrémos en el campo de esmeralda.

“El árbol regarémos
Con aromas sin par de argéteo vaso;
Y estas escribirémos
Dóricas notas, que en su tronco al paso
Leerán cien y cien ojos:
PLANTA DE HELENA SOY: CAED DE HINOJOS.

“¡Salve, esposa felice!
¡Salve, esposo gallardo, á quien la suerte
Con tál suegro bendice!

IDILIO XVIII.

Latona que en las madres dicha vierte,
La sagrada Latona?
De bella prole os dé grata corona.

“Igual amor fomenta
Ciprina entre los dos, la gran Ciprina;
Y Júpiter aumente,
Júpiter, Saturnal prole divina
La rica, noble herencia
Que pase á vuestra noble descendencia.

“Dormid, dormid ahora
Tranquilo sueño y dicha el cielo os done,
Nosotras á la aurora^{1o}
Vendremos cuando el gallo alegre entone
Su matinal gorjeo.
¡Himeneo, Himeneo, goza Himeneo!”



IDILIO XIX.

EL LADRONZUELO

DE
PANALES.

ARGUMENTO.



UPIDO, punzado por una abeja, se queja á Vénus, de quien recibe una dulce reconvenccion. Anacreonte ha tratado este mismo asunto, y Villegas lo ha dado á conocer entre nosotros.

Punza una abeja á Amor, que sin recelo
Roba procaz la miel de los panales.¹
Grita Cupido, y quiere de sus males
Soplándose la mano hallar consuelo.

Salta; y batiendo con los piés el suelo²
Refúgiase en los brazos maternas,
Diciendo: “Vé qué llagas tan fatales
“Deja un animalillo pequeñuelo.”³

“¿Por qué lloras, mi Amor? No te asemejas
(Con risa celestial clama Citéres)
Tú tambien á las pérfidas abejas?

“Pequeñuelo ¡oh rapaz! cual ellas eres;⁴
Pero ¡qué llagas tan fatales dejas
Con tu temido arpon siempre que hieres!